

doblaba sus esfuerzos en torno del soberano. En aquellos días llegaron Marquez y Miramón, decididamente vueltos al favor, ofreciendo su concurso á Maximiliano. Los correos que recibía de Europa no animaban al príncipe á volver á Austria, en donde debería presentarse despojado de su título de emperador y no restablecido en sus privilegios de archiduque: estos consejos se daban con tanta más libertad, cuanto que nadie sospechaba entonces que la vida de Maximiliano pudiese correr el menor riesgo. Siempre inconstante en sus impresiones, el monarca se sentía perplejo. En el fondo, su alma altiva rechazaba muy lejos toda resolución que pudiese parecer temerosa. Volver á Veracruz en los furgones del ejército francés y sufrir que sus aliados imputasen el fracaso á su debilidad, era una idea para él insostenible. Condenada la empresa, importaba que el desenlace fuese digno de él y que, perdiendo su trono, conservase su rango. Dominado por estas consideraciones, Maximiliano hablaba aún de renunciar la corona, pero subordinaba cada vez más su abdicación á todas aquellas condiciones que pudiesen retardarla. El 18 de noviembre dió las gracias á Bazaine, al Sr. Dano y al general Castelnau por su celo en dejar arreglados los asuntos por que se interesaba, ó sea la suerte de las gentes de palacio, de los soldados belgas y de los legionarios austriacos. Luego añadía esta frase singular: «Queda por fijar lo definitivo, á saber, un gobierno estable para proteger los intereses comprometidos.» A fin de preparar esta transmisión de poderes, el emperador proponía á las autoridades francesas una próxima conferencia, la cual, decía con extraño optimismo, lo arreglaría todo de una manera satisfactoria. Maximiliano consentía siempre en abdicar, pero se presentaba como árbitro del país que iba á abandonar, y desde luego trataba de proveer su sucesión. Esta sola restricción volvía á sumergir en lo desconocido á los que ya se creían tocar el desenlace. La decepción de Castelnau es fácil de comprender. En cuanto á Bazaine, se puede afirmar sin temor de equivocarse que la decepción del general no le desagradaba. Públicamente hacía, como Castelnau, votos en favor de la abdicación: en secreto inclinábase á retrasar la caída del poder imperial. ¿Qué se proponía al obrar de esta suerte? El mariscal no reveló su secreto. Lo que parece casi seguro es que hacia el 20 de noviembre, en el momento en que un ayuda de campo de Maximiliano, el coronel austriaco De Kodolich, iba á regresar de México á Orizaba, el comandante en jefe le autorizó para decir á su señor que si Su Majestad se decidía á volver á la capital, las tropas francesas podrían, á lo que parece, permanecer en México hasta el mes de noviembre de 1867. ¡Qué ánimo infundía en el desgraciado emperador esta engañosa confianza! Había salido hacia poco para Orizaba, decidido á aliviarse de la pesada carga. La reflexión había despertado en él un resto de esperanza, había llevado á su alma el temor de que el regreso á Europa pareciese debilidad ó cobardía. Mas he aquí que en el momento en que, un poco por esperanza, mucho por pundonor, se inclinaba á conservar la corona, supo que los representantes de Francia no estaban acordes y que uno de los dos jefes militares, el más significado por su graduación, le sostenía bajo mano. Con esta impresión, se inauguró el 26 de noviembre en Orizaba la solemne conferencia que había anun-

ciado el emperador. El general Castelnau, lo mismo que el Sr. Dano, se había excusado, y el mariscal, invocando la imposibilidad de hacerse substituir en el mando, imitó su ejemplo. Diez y ocho miembros asistían á la reunión, todos ministros, consejeros de Estado ó altos dignatarios: ocho miembros fueron partidarios de la abdicación, y diez del mantenimiento del imperio. Cuatro días después, Maximiliano anunciaba en una proclama á su pueblo la resolución de conservar la corona y de regresar á México; añadía que ulteriormente se convocaría un congreso nacional que fijaría la suerte definitiva del país.

Los monárquicos mexicanos, que habían constituido el imperio, acababan de lograr su última victoria, la más funesta de todas, puesto que daría origen á sus mayores desgracias. Al saber que conservaban su príncipe, fingieron demostraciones ruidosas como para engañar á sus adversarios y hacerse á sí mismos la ilusión del número. Hasta en las más pequeñas poblaciones desplegóse un alegre aparato que contrastaba con las ansiedades de la víspera y los peligros del siguiente día.

IV

Mientras los partidarios de Maximiliano se disponían á hacer un supremo esfuerzo, Bazaine había llamado á los destacamentos diseminados en varios puntos de México: así lo disponían las órdenes de Napoleón, quien después de haber ordenado la evacuación en tres épocas, decidió que todo el ejército fuese repatriado de una sola vez. Nuestros soldados, que durante tres años habían llegado en sus marchas hasta las fronteras de los Estados Unidos y hasta las playas del Pacífico, se replegaban hacia los grandes caminos que los conducían al centro del imperio. Unas tras otras dejaban escapar sus conquistas: un día abandonaban una ciudad, luego otra, y así iba estrechándose á sus espaldas el círculo que en otro tiempo habían ensanchado. Todas estas evacuaciones se parecían. Los comandantes militares entregaban las plazas á las autoridades indígenas, ya temerosas y prontas á dimitir; les dejaban algunas provisiones en víveres, en armas, en municiones, débiles recursos que las más de las veces sólo aprovechaban á los juaristas. Luego, habiendo hecho todo cuanto les era posible, reunían sus columnas al amanecer y se alejaban en una actitud marcial que, por lo menos, intimidaría al enemigo. Generalmente no partían solos, sino que en su seguimiento se escalonaban carromatos, coches á veces suntuosos y grupos de jinetes, que, habiendo tenido la mala fortuna de aceptar nuestros favores, y no habiendo podido ó querido separarse de nosotros á tiempo, no era posible que encontrasen clemencia. Una sola idea dominaba á estos desgraciados: liquidar á cualquier precio sus negocios, vender sus bienes, llevarse lo que tenían de más precioso, escapar al destierro. Ora hablaban de seguirnos hasta el mar y de embarcarse con nosotros, ora pensaban en hacerse súbditos americanos, y sólo un mal les parecía irremediable: el de caer en manos de sus compatriotas. Estos temores no eran vanos, pues más de una vez nuestras retaguardias, al retirarse, pudieron ver á las partidas liberales precipitarse sobre las ciudades abandonadas; un poco más y hubie-

sen oído los primeros ecos de las represalias contra aquellos que perdían nuestra protección.

Todos los sobrevivientes de la expedición han conservado el recuerdo de la dolorosa retirada. Más allá estaba la patria tantas veces soñada durante el largo destierro, cuya perspectiva se afeaba con las angustias que dejábamos en pos nuestro. Para algunos cuerpos la marcha estuvo llena de impresiones y de fatigas, pues los obstáculos eran tan grandes como largo el camino. Así ocurrió en el 62.º de línea, aventurado en Sonora y en Sinaloa y que debió ser conducido desde Guaymas á Mazatlán, luego á San Blas, después á Tepic y por fin hacia las provincias centrales. Durante el otoño de

pués de nuestra retirada, primero nuestra legión extranjera que se le dejaría en virtud del tratado de Miramar, luego las legiones austriacas y belgas, y, finalmente, los batallones de *Cazadores*, constituidos en parte con cuadros europeos: esta era la organización oficialmente decretada. ¿Cuál hubiera sido la fidelidad de estos cuerpos, un poco debilitados ya por la mala fortuna y reducidos á causa de las deserciones? Difícil es conjeturarlo; pero no tuvo que hacerse la experiencia. A esta hora extrema de la empresa, plugo á Napoleón destruir lo que varias veces había impulsado á crear. Interrogado por Bazaine y Castelnau, contestó desde Compiègne, el 13 de diciembre, en un telegrama concebido en los si-



Palacio de Chapultepec

1866 señalábase cada día por alguna disminución del imperio. En el Sur Oaxaca cayó en manos de Porfirio Díaz. En el Nordeste Matehuala fué evacuada el 28 de octubre, y el 23 de diciembre lo fué San Luis de Potosí. Al Noroeste nuestras tropas retrocedieron desde Durango á Zacatecas, y luego á Aguas Calientes; el 12 de diciembre abandonóse Guadalajara. El lugar de concentración fué Querétaro, que había venido á ser el punto extremo en que ondearía nuestra bandera. Sin embargo, de todos lados y aun en los alrededores de la capital surgían un sin número de pequeñas partidas. Ya las *Tierras calientes* se llenaban de guerrillas y era de temer que intentasen molestar ó interrumpir nuestra marcha hacia el mar. A la verdad, muchos se tranquilizaban y creían que los mexicanos, recordando el antiguo proverbio, sabrían tender un puente de plata al enemigo que se alejaba.

En previsión de nuestra partida, habíanse hecho poco antes serios esfuerzos para asegurar á Maximiliano después de la evacuación una fuerza capaz de sostener su trono. Recuérdase que Napoleón había dirigido á este objeto eficaces recomendaciones al mariscal Bazaine. Además de los cuerpos indígenas propiamente dichos, puestos bajo las órdenes de Mejía, ó que se reunirían á la voz de Miramón ó de Marquez, parecía que el emperador debiese conservar á su disposición, des-

guientes términos: «Repatriad á la legación extranjera y á todos los franceses, soldados ú otros, que deseen regresar, así como á las legiones austriacas y belgas, si lo solicitan. Los transportes saldrán de aquí á fines de diciembre.»

Deseoso de liquidar á toda costa el asunto de México, Napoleón borraba sin escrúpulo lo que quedaba del tratado de Miramar; rompía con un acto de omnipotencia los compromisos militares contraídos en servicio de un príncipe extranjero. Dos solas consideraciones explicaban este exceso de arbitrariedad: primero, la convicción de que cuanta más gente se embarcase, más vidas se sustraerían á las venganzas de los juaristas; en segundo lugar, la suprema esperanza de que, privando á Maximiliano de todos sus recursos, se le obligaría moralmente á renunciar á la corona y á regresar en los transportes franceses.

Los franceses, en efecto, y en particular Castelnau, no habían renunciado totalmente á arrancar al príncipe su abdicación. Maximiliano se había alejado de Orizaba, lentamente, como extenuado por sus viajes y por sus tareas. Mientras sus partidarios celebraban en México públicamente la conservación del imperio, poco faltó para que se rindiese á la carga. Habiendo subido á las Cumbres, no fué más allá de Puebla y, sin entrar en la ciudad, hizo alto en la casa de campo del obispo.

Es opinión bastante generalizada en nuestro ejército que era preciso hacer violencia al archiduque, declararlo caído, prisionero, todo para su bien, y con una acertada mescolanza de deferencia y de coerción transportarlo á Veracruz para dejarlo en libertad únicamente en Saint-Nazaire.

Castelnau era favorable á esas medidas extremas y, decidido más que nunca, según decía, á despejar la situación, murmuraba la palabra destronamiento. La lentitud de Maximiliano en regresar á su capital daba alguna probabilidad de éxito á una nueva tentativa. Castelnau y Dano habían redactado una nota que insistía en la absoluta necesidad de la abdicación: Bazaine se había asociado á ella y aun se ha pretendido que la había escrito de su mano. El 22 de diciembre, el ministro de Francia y el ayuda de campo de Napoleón marcharon á Puebla á fin de presentar esta especie de requerimiento respetuoso. El emperador, avisado de su visita, intentó primero descartar al Sr. Dano, á quien habían hecho odioso sus duras reclamaciones financieras, tratar solamente con Castelnau y aplazar toda resolución. Castelnau no se prestó ni á esta negociación separada ni á estas prórrogas, y los dos enviados fueron recibidos inmediatamente. Demostraron con calor la imposibilidad de seguir luchando y entregaron la nota colectiva discutida por los tres antes de salir de México. Habiendo pasado los ojos por el documento, el emperador se sonrió, y saboreando este último consuelo de los débiles que consiste en introducir la confusión entre los que les quieren abrumar, presentó á los franceses un despacho de Bazaine que había recibido la víspera. «Leedlo, dijo, y veréis que no estáis de acuerdo con la última opinión del mariscal, quien me dice que después de maduro examen está convencido de que la única solución posible es mantenerme en el trono. Me invita á persistir y á sostener vigorosamente la guerra, armando sólidamente á Marquez, á Miramón y á Mejía.» Dano y Castelnau le escucharon estupefactos. El general, que recobró en seguida su firmeza, replicó que dejaba al comandante en jefe la responsabilidad de su evolución, y revelando luego más claramente que hasta entonces la amplitud de sus poderes, añadió que había recibido de su soberano la misión de hacer embarcar las tropas y que la cumpliría sin debilidad: «Yo también, añadió tomando á su vez la ofensiva, tengo un despacho que comunicar á Vuestra Majestad.» Y le entregó copia del telegrama del 13 de diciembre que ordenaba el embarque de todos, incluso los belgas, los austriacos, la legión extranjera y cuantos estaban ligados por un compromiso al servicio de México. Cualquiera que fuese la respuesta, los dos mensajeros se sentían burlados, y Maximiliano pudo invitar á sus importunos protectores á ponerse de acuerdo entre sí. Uno y otro se retiraron furiosos contra Bazaine, tanto que Castelnau pensó en exhibir sus instrucciones y provocar una crisis. Durante este tiempo el comandante en jefe, en sus despachos al ministro de la Guerra, exponía el parecer de que no podíamos derribar nosotros mismos lo que habíamos levantado con tantos esfuerzos. «Creo, añadía, que es preferible dejar al imperio mexicano seguir su propia fortuna; es muy probable que no durará mucho después de nuestra partida; pero, en fin, ya no seremos responsables y no se nos podrá acusar de deslealtad.» Así el

ayuda de campo de Napoleón y el mariscal estaban de acuerdo en un punto, á saber, la debilidad de Maximiliano: sólo que el primero quería que Francia decidiese de su suerte á fin de evitarle otra más rigurosa; y el segundo, aparentemente más respetuoso, y en el fondo no menos desapiadado, se negaba á derribar el imperio y se contentaba con abandonarlo á su destino. Entre estas dos soluciones, ambas lamentables, ¿quién se atrevería á manifestar una preferencia? En lo que Castelnau encontraba todas sus ventajas era en la franqueza de su actitud. Lo que quería, lo decía con una sinceridad brutal. Muy otro era Bazaine, turbado por la presencia del ayuda de campo imperial, juzgando peligroso combatirlo y humillante seguirle, no sabiendo ni someterse ni dimitir, simulando con el general una especie de acuerdo y enviando bajo mano á Maximiliano consejos de resistencia, no sosteniendo más que á medias ó negando ante Castelnau las opiniones que emitía en sus despachos al ministro de la Guerra, practicando, en una palabra, esta política de sutilezas, de arterías, que había venido á ser su segunda naturaleza y que al revelarse á sus subordinados haría sospechosos todos sus proyectos aun los más admisibles, todos sus actos aun los menos difíciles de justificar (1).

Esta época fué la de mayor confusión. Los cuerpos expedicionarios tenían decididamente dos jefes, y ambos jefes eran enemigos. Estas rivalidades, hechas públicas, acabaron de destruir lo que quedaba de respeto. Recogíanse fragmentos de confidencias y se interpretaban caprichosamente las palabras, el silencio y los muros incidentes. A todas las incoherencias de la gran política añadíanse todas las mezquindades de la pequeña. Recuérdese la convención de 30 de julio de 1866, que confería al gobierno francés la mitad de las rentas de las aduanas marítimas: esta convención era ejecutoria á partir del 30 de noviembre. Al finalizar el plazo presentóse el Sr. Dano invocando el tratado. Su demanda, aunque rigurosamente fundada, se apoyaba en este estricto derecho rayano en la injusticia. Cuando Francia quebrantaba á su antojo las últimas cláusulas de Miramar, ¿podría con razón prevalecer del acuerdo de 30 de julio, y el irrisorio beneficio que resultaría de la medida compensaría lo odioso de esta reivindicación *in extremis*? Habiendo los ministros de Maximiliano rehusado á despojarse de su último recurso, estalló el conflicto. El Sr. Dano hizo ocupar por uno de los funcionarios de Hacienda la aduana de Veracruz. Por su parte, el gobierno mexicano secuestró las mercancías que habían pagado los derechos aduaneros á los agentes franceses; en vista de ello el Sr. Dano hizo avisar á los ministros del emperador que de grado ó por fuerza las mercancías serían entregadas á los interesados. Bajo la influencia de estos procedimientos vejatorios, los consejeros de Maximiliano se exasperaban. Por el contrario, buen número de los liberales más razonables se aproximaban á nosotros, y puesto que de todos modos nos íbamos á embarcar, estimaban que no habría ningún peligro, sino más bien alguna ventaja en no dejarnos marchar como enemigos. Todos los papeles estaban invertidos: sucedería, pues, por la más extraña de

(1) Véase *Papiers des Tuileries*, tomo II, págs. 121-128.— Véase también Niox, *Expédition du Mexique*, pág. 683.

las singularidades, que dejaríamos un recuerdo más penoso á los monárquicos que nos habían llamado, que á los liberales que nos combatieron. En tan extraordinaria situación, todas las miradas se dirigían á los americanos de los Estados Unidos, que parecían, á juicio de muchos, los verdaderos árbitros del porvenir. Desde hacía algunos años habíamos experimentado en demasía su mala voluntad, y muy recientemente, cuando el emperador de los franceses decidió efectuar de una sola vez la repatriación que debía hacerse en tres períodos, los norteamericanos habían protestado contra el retraso con altivez rayana en insolencia. Sin embargo, como la evacuación era desde entonces segura, tendían á quietarse. Confiando en estas relaciones algo más cordiales, nuestro gobierno había intentado entablar algunas negociaciones en Wáshington y determinar por una inteligencia común, y para el mayor provecho del orden, la transmisión de los poderes á México. Muy pronto pudo convencerse de que la poderosa república, si bien tranquilizada por nuestra próxima marcha, nada haría que disminuyese nuestras dificultades, y de que sólo quería reconocer á Juárez, es decir, al hombre con quien nuestro honor nos impedía tratar. El único resultado de estas negociaciones, bosquejadas más bien que desarrolladas, fué colocarnos en una actitud poco digna enfrente de los que habían sido nuestros constantes adversarios, molestar á Maximiliano que presentía estas proposiciones, y acreditar toda clase de rumores sobre las pretendidas relaciones entre las autoridades francesas y los jefes del partido liberal. De todos estos rumores uno de los más extendidos y también de los más absurdos fué el que atribuía á Bazaine el proyecto de entregar á Porfirio Díaz Maximiliano, Marquez y Miramón: rumor absurdo, lo repito, y que no merecía ser mencionado si no hubiese sido propagado con extraordinaria persistencia por los periódicos norteamericanos.

Entre tanto, Maximiliano se había decidido á salir de Puebla. Triste y lentamente dirigióse á México, escoltado por tres escuadrones de húsares austriacos, y esta guardia no era inútil, puesto que ya se habían visto algunas partidas enemigas en Chalco, donde se había librado un pequeño combate. Uno de los batallones de la legión belga que regresaba á la costa fué destinado á proteger la marcha del emperador, en cuya compañía viajaban Marquez y el P. Fisher, sostenes del partido reaccionario. En medio de ellos, Maximiliano, enfermo, desalentado, lo mismo parecía un rehén que un rey. La comitiva, humilde y casi pobre, se resentía ya de lo que tenía de precaria la suerte del archiduque: componíase, dice un testigo ocular, de cuatro pequeños carros tirados por mulas. Al llegar á Ayotla, el comandante de la legión belga, el coronel Van der Smissen, que se disponía á regresar á su país después de haber cumplido muy correctamente con sus deberes militares, pidió permiso para saludar por última vez al que había sido su señor. Introducido á presencia del emperador, suplicóle que renunciase á una lucha imposible. «Vuestra Majestad, dijo, va en busca de una catástrofe; las tropas de que dispone son incapaces de resistir á las tropas liberales; sólo os sostendrán los conservadores exaltados; los demás, en adelante indiferentes, permanecerán inactivos en su casa.» El príncipe escuchó estas

exhortaciones sin interrumpirlas, y luego, con aire resignado, contestó en lengua española que debía seguir su destino (1). Durante este tiempo el *Diario Oficial de México* anunciaba en términos pomposos el regreso del soberano á su capital y celebraba este acontecimiento como lo hubiese hecho con una victoria. «Las promesas de Orizaba, decía, se cumplen, disípanse las inquietudes, las esperanzas de la gente honrada van á realizarse... Tenemos á nuestra cabeza, añadía, un prin-



El general D. Porfirio Díaz

cipe de corazón magnánimo, que salvará de la anarquía á la patria.»

El 5 de enero de 1867 el emperador llegó á México; pero no hizo más que atravesar la ciudad y, en lugar de trasladarse al palacio de Chapultepec, se detuvo en la hacienda de la Tega. Allí fueron á encontrarle varios de sus antiguos consejeros y en particular aquellos de sus ex ministros que pertenecían al partido liberal y le habían servido durante la primera parte de su reinado; disponíase á abandonar México para evadir las venganzas que irremisiblemente debían alcanzarles, y suplicaban al príncipe que les imitase (2). El día 6 Maximiliano recibió á un visitante de más alto rango, Bazaine, y conferenció largo tiempo con él. «He vuelto, decíale, á mi capital porque había dado palabra de que volvería... No quiero hacer como el soldado que arroja el fusil para huir más de prisa.» Añadió, sin embargo, que su última decisión no estaba tomada y

(1) El general Van der Smissen, *Souvenirs du Mexique*, páginas 219 á 220.

(2) Véase el doctor Basch, *Erinnerungen aus Mexico*, tomo I, página 159.

que convocaría próximamente un consejo íntimo cuyas opiniones le ayudarían a fijar su resolución definitiva. «Os rogaré, prosiguió, que asistáis á dicho consejo, pues del resultado del mismo dependerá mi conducta.» El mariscal dejó al monarca persuadido de que, á pesar del regreso á México, el partido de la abdicación no había perdido aún todas sus probabilidades.

Estas supremas incertidumbres, estas vacilaciones de última hora, dejaban á Castelnau alguna esperanza de convencer al príncipe, conforme á los deseos de Napoleón. En cuanto á Bazaine, habíase mostrado hasta entonces poco favorable á la abdicación, por lo menos á la abdicación impuesta. Parece que desde aquella época sus pensamientos cambiaron y que no dudó en aconsejar también la partida inmediata. Al dar cuenta al ministro de la Guerra de la entrevista del 6 de enero, expresábase en los siguientes términos: «He expuesto al emperador que los instantes eran cortos y preciosos, que sus recursos no bastaban para hacer frente á la situación peligrosa en que iba á encontrarse después de nuestra partida, y que desde todos los puntos de vista valía más que tomase antes una decisión definitiva.» Este lenguaje se parecía mucho al de Castelnau. Dos motivos podrían explicar la evolución: primero, los progresos de los liberales eran tan rápidos y de tal modo desconcertaban todos los cálculos, que pronto el soberano sería impotente para sostener un simulacro de imperio; en segundo lugar, la orden reciente de Napoleón prescribiendo repatriar á cuantos lo pidieran, había acabado de aislar á Maximiliano, de quien todos se apresuraban á alejarse: los belgas y los austriacos iban á ganar la costa; nuestra legión extranjera marcharía con el resto de nuestro ejército; los oficiales ó subalternos alistados en los batallones de cazadores pasaban á las filas del cuerpo expedicionario: sólo unos mil europeos, sea por placer de aventuras ó por fidelidad personal al monarca, sea por razón de los vínculos contraídos en México, permanecían al servicio de la causa imperial. Entretanto, fué convocado el consejo anunciado por Maximiliano. Habiendo empezado la deliberación el 14 de enero, leyó el mariscal una especie de Memoria bastante dura en la forma, en la que, como lo hubiese hecho Castelnau, optaba por la abdicación. Sin embargo, la mayoría de la asamblea fué más lejos, y afirmándose en sus precedentes resoluciones, proclamó la lucha á todo trance para el mantenimiento del imperio.

La fecha del 16 de enero señala la separación definitiva entre el protector y el protegido. En adelante Maximiliano se absorbería por entero en su tentativa suprema; los franceses no aspirarían más que á regresar á su patria. Por este mismo tiempo un despacho de Napoleón señalaba á las autoridades francesas, esta vez de una manera muy clara, toda su conducta ulterior: no debían obligar á Maximiliano á abdicar; pero bajo ningún pretexto debían retardar la repatriación. Sólo una cosa faltaba á las tristezas de la aventura mexicana: una ruptura violenta entre los que iban á separarse para siempre. Este escándalo, este gran escándalo no fué evitado.

Todo estaba preparado para esta ruptura, como los materiales para un incendio. He aquí el incidente que provocó la explosión. Únicamente apoyado en el parti-

do reaccionario mexicano, Maximiliano habíase visto obligado á renunciar á las costumbres europeas y someterse á las de su patria adoptiva. Marquez, el hombre sin escrúpulos, dominaba en México. Para procurarse fondos, decretó una contribución forzosa; para procurarse soldados, practicó el sistema de la leva. Todos aquellos á quienes alcanzaban estos duros rigores volvieron los ojos hacia el mariscal. En tales coyunturas sucedió que éste puso en libertad á un cierto Pedro Garay que pasaba por agente juarista y que Marquez había detenido. Los periódicos habían protestado contra la ingerencia de la autoridad francesa. Bazaine no sólo mantuvo su disposición, sino que suspendió un periódico llamado *La Patria*. El ministro del Interior protestó; pero Bazaine sostuvo lo que llamaba su derecho. ¿Qué más puedo decir? Después de cartas cada vez más ásperas, el comandante en jefe notificó á los consejeros del emperador y á éste mismo que no quería tener en lo sucesivo ninguna relación con el ministerio; á lo que Maximiliano replicó el 28 de enero devolviendo los despachos y rompiendo toda clase de relaciones con el cuartel general francés. Únicamente podría abreviar el escándalo una pronta partida. El mar, más que los disentimientos, separaría de sus aliados á los franceses. En el momento de alejarse, Bazaine tuvo empeño en justificar todos los reproches de sus enemigos, excepto los de intrigas criminales, que nunca fueron probados. Nada se omitió de lo que acentuaría el abandono. El mariscal dejaba en México provisiones de guerra que no podía llevarse: lejos de remitirlas á título gracioso á los arsenales mexicanos, mojó la pólvora é inutilizó los proyectiles, y vendió en pública subasta y á bajo precio los caballos que no podía llevarse, sirviendo estos animales, en su mayor parte, para la remonta de las guerrillas juaristas. La orden llegada de Francia era que se repatriase á cuantos lo pidiesen: no contento con romper, como lo exigían las instrucciones que tenía, los compromisos contraídos al servicio de Maximiliano, Bazaine anunció, por medio de una circular, que los que se quedaran en México perderían su condición de franceses y deberían renunciar á la protección de Francia: así imponía moralmente el regreso á aquellos á quienes la fidelidad hubiese tentado. El 5 de febrero era el día en que el comandante en jefe abandonaría México. Aun en la proclama que dirigió antes de partir á los habitantes de la capital mostró la vulgar preocupación de hacer ver que olvidaría en adelante una empresa que no había dado resultado: ni una alusión á la monarquía, ni un recuerdo al príncipe que dejábamos en peligro: con una especie de serenidad desenvuelta, de imparcialidad despreciativa, el mariscal hablaba del ensayo que había fracasado. «Estad seguros, decía, de que jamás entró en las intenciones de Francia imponer una forma de gobierno contraria á vuestros sentimientos.» Tal fué el adiós de Bazaine á Maximiliano.

Con Bazaine partieron las últimas tropas. El mariscal había prevenido á los jefes liberales que, habiendo ya concluido su misión, se abstendría de toda operación activa, pero que castigaría enérgicamente toda agresión. La retirada terminó, pues, sin combate; sin embargo, las mismas guerrillas que nos dejaban el camino libre se establecían á retaguardia de nuestras columnas y las

comunicaciones se cerraban tras nosotros como el mar sobre la estela de un barco.

En la rada de Veracruz esperaban los transportes. Habíanse hecho ya á la mar tres paquebotes. Uno de ellos transportaba á Europa los soldados de la legión belga. Los embarques se sucedieron durante todo el mes de febrero, prolongándose hasta los primeros días de marzo. Los austriacos, exceptuando tres ó cuatrocientos que quedaron en México, fueron distribuidos entre los grandes buques, el *Var* y el *Allier*. En medio de los errores políticos de la empresa, Bazaine pudo experimentar un sentimiento de seguridad viendo reunido á su alrededor, sin ninguna acción de guerra, el ejército que estaba diseminado por todos los ámbitos de México. Este movimiento de concentración, terminado en buen orden y sin tropiezos, hacía honor á las sabias disposiciones del mariscal, así como á la firmeza de los jefes subalternos, y disimulaba un poco lo que tenía de entristecedor el descalabro final. Bazaine se embarcó el 11 de marzo junto con los últimos batallones. Hubiera demostrado tener la conciencia muy obstruída si en el momento de alejarse para siempre no hubiese sentido un pesar y como un remordimiento al recordar á aquel cuya guardia le había sido encomendada y á quien dejaba abandonado. Ya cerca de Orizaba, y cuando se dirigía hacia la costa, envió un correo á México para ofrecer al emperador un asilo á bordo de la escuadra francesa: aun le era posible, decía, tender la mano á Su Majestad; mañana quizás no se lo permitirían las comunicaciones cortadas. Dios quiso que este supremo llamamiento no tuviese efecto. El correo, que tenía que atravesar los caminos infestados por el enemigo, no había llegado todavía á México cuando el ministro de Francia, que había permanecido en su sitio, dirigía á Bazaine un despacho que destruía la última esperanza. El emperador, comunicaba el Sr. Dano, había abandonado la capital, dirigiéndose, no hacia la costa, sino hacia el interior; había partido, según se decía, para ponerse al frente de su ejército.

V

Desde las ventanas semiabiertas de su palacio, Maximiliano había visto desfilan los regimientos franceses. Dícese que cuando el último batallón hubo desaparecido exclamó impetuosamente: «¡Por fin soy libre!» Al salir de nuestra larga y pesada tutela, este grito fué el grito espontáneo de independencia, el grito del rencor que no puede contenerse. Cuando se hubo calmado el impulso de esta breve y triste alegría, la realidad apareció severa é inexorable. Una sola fuerza quedaba al príncipe: la que el hombre saca del exceso de sus desgracias, cuando habiendo llegado al fondo del infortunio no puede sorprenderle ni turbarle ningún golpe de la suerte.

En la inmensidad de los territorios mexicanos, el imperio sólo aparecía ya como un islote reducido sin cesar por las olas. Por todos lados hacían irrupción los batallones republicanos sin que pudiese repararse ninguna brecha. Querétaro, Puebla, Veracruz, eran, con México, las solas ciudades importantes en que flotaba todavía la bandera imperial. Todo aseguraba el triunfo del enemigo, y la importancia de sus contingentes, aumenta-

dos continuamente por el camino, y la abundancia de los recursos sacados de las requisiciones, y el prestigio de los recientes éxitos y el apoyo moral de los Estados Unidos empeñados en borrar nuestras huellas. A fuerza de combatir, ciertos jefes juaristas habían aprendido el arte de la guerra. En las largas peripecias de las luchas civiles habíanse hecho famosos algunos hombres: Porfirio Díaz, el vencedor de Oaxaca; Regulez, nuestro antiguo adversario en el Michoacán; Corona, que había sostenido la resistencia en las regiones extremas del Noroeste; Escobedo, poco antes comandante de las fuerzas disidentes en el Tamaulipas y á orillas del Río Bravo. Ante ellos se abrían las ciudades, y sus adversarios, fuera de sí, sólo podían elegir entre dos peligros, el de la sumisión ó el de la huida. Todo servía á los victoriosos, y en particular la fama de sus represalias. Nadie se atrevía á resistirles, pues era conocida su falta de compasión.

A la misma hora en que las tropas francesas evacuaban México, un rumor favorable se extendió por la ciudad. Miramón, en una tentativa atrevida, había llevado sus armas hasta Zacatecas. No fué esto más que un engañoso claro en medio de las tinieblas en que se agitaban los imperiales. Algunos días después el mismo Miramón fué batido cerca de San Jacinto y con trabajo condujo hacia Querétaro los restos de sus batallones. Lo que siguió á la derrota permitió presagiar los rigores futuros. Hallábanse entre los prisioneros un centenar de franceses que se habían negado á romper su juramento y á ingresar de nuevo en nuestro ejército, y por orden del Gobierno mexicano fueron condenados á muerte. A las protestas de los Estados Unidos los juaristas contestaron invocando la propia autoridad de Bazaine: ¿no había éste proclamado que aquellos de sus soldados que no saliesen de México perderían su condición de franceses? Por decisión del mismo mariscal los cautivos, pues, no eran más que filibusteros. La explicación era peor que el silencio. Por aquel tiempo se embarcaba el comandante en jefe. Antes de hacerse á la mar hubieran podido llegar á sus oídos las últimas exclamaciones de aquellos á quienes no le era ya permitido socorrer ni vengar. En estas terroríficas circunstancias, ¿qué confianza no hubiera parecido locura! Sin embargo, aún quedaba un débil resto de esperanza. Maximiliano no podía ya pretender reinar á título de emperador ni regenerar su país adoptivo; pero, virtualmente destronado, quizás lograría sostenerse como jefe de partido. No hacía mucho había presentado este nuevo papel, cuando renunciando al sueño generoso de la monarquía nacional, se había lanzado en brazos de los reaccionarios, sus primeros amigos. Entonces, acallados los escrúpulos por la urgencia, Maximiliano volvió á las antiguas prácticas que pretendiera abolir, á saber, la leva que le procuraría algunos reclutas, las requisiciones forzosas que le asegurarían día por día su subsistencia y la de sus tropas. Bastante parecido á aquellos aventureros que desde hacía medio siglo se habían disputado México, ganaría en probabilidades de salvación lo que perdería en dignidad. Un día, un solo día que los azares de la guerra le fuesen favorables, haría que el príncipe, sin perder una hora, aprovechara la ocasión convocando un simulacro de congreso y entregándole el poder. Así su marcha no se llamaría ya huida, sino ab-